

Interdisciplinariedad, diferencia cultural y desarrollo

La Gestión cultural en el Contexto de la Globalización**

Víctor Manuel Rodríguez*

Presentación

En su reflexión sobre la formación de profesionales en comunicación social, Jesús Martín-Barbero se pregunta acerca del papel de la discusión teórica en la definición del sentido de esta actividad pedagógica (1). Ante la vieja querrela en torno al peso relativo que debían tener los contenidos teóricos y las destrezas en la formación de los comunicadores, J. Martín Barbero elabora una nueva contextualización histórica y cultural para la comunicación, que le reclama a la formación de comunicadores una nueva búsqueda teórica y un nuevo horizonte de sentido. Así, él sugiere que ante las nuevas condiciones producidas por la hegemonía teórica del saber tecnológico, es necesario fortalecer la reflexión sobre la comunicación:

El problema ya no es la ponderación del peso que en la formación del comunicador deben tener los diversos saberes y destrezas

sino qué tipo de reflexión teórica puede articularse entre 'hacer comunicación' sin quedar absorbida o neutralizada por la razón tecnológica y la 'expansión' de la lógica mercantil a modelo de sociedad. (2)

Quisiera llamar la atención acerca de la importancia que J. Martín-Barbero le da a la reflexión teórica y política en la definición del carácter de la actividad de formar comunicadores. De manera similar, sostengo que una discusión acerca de la formación en gestión cultural, sus modos de operar en los procesos sociales y sus metodologías de trabajo pedagógico, debe partir de las dinámicas globales de la cultura contemporánea. La posibilidad crítica de la formación en gestión cultural reposaría, entonces, no sólo en que estas dinámicas actuales sean abordadas como temas a enseñar, sino también en que la gestión cultural y la formación en gestión se ubiquen estratégicamente en el contexto de la política de la producción y la circulación de saberes culturales. Estas nuevas dinámicas de los saberes culturales son estrategias discursivas que brindan las condiciones de posibilidad para los procesos contemporáneos de globalización cultural, la desterritorialización de los procesos coloniales y de las dinámicas identitarias, el surgimiento de formas disciplinarias y de normalización de las prácticas críticas de la cultura, la "museificación" multicultural de los actores políticos

(2) *Ibid.*, p. 194.

** Tomado de Formación en Gestión Cultural, Ministerio de Cultura de Colombia, Santafé de Bogotá

* Historiador de la Universidad Pedagógica Nacional. Se especializó en Historia del Arte del siglo XX en el Goldsmiths' College de la Universidad de Londres y en Estudios Visuales y Culturales en la Universidad de Rochester, Estados Unidos. Ha sido profesor de la Universidad Nacional de Colombia, de la Universidad Pedagógica Nacional y de la Universidad de los Andes. Ha publicado varios artículos sobre prácticas artísticas latinoamericanas y estudios de cine. Actualmente es candidato a doctor en la Universidad de Rochester con la tesis que lleva por título "Mimica poscolonial en el arte latinoamericano y la retórica de la historia del arte modernista"

(1) J. Martín-Barbero, "Los estudios de comunicación en la encrucijada actual" en J. Martín-Barbero, *Pre-Textos: conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*, Santiago de Cali, Editorial Universidad del Valle, 1996, pp. 193-205.

y de la política de la diversidad cultural y, por último, la genealogía de las prácticas culturales asociadas al desarrollo social. Ante este panorama cabe preguntarse. ¿Cuál es el papel de la gestión cultural frente a la discursividad de la globalización cultural? ¿Cómo imaginar agendas políticas y estrategias de resistencia cultural para estas formaciones discursivas, acordes a las nuevas y paradójicas maneras de habitar en espacios cercanos mundializados, o, como los denomina Santiago Castro Gómez, en localidades globales? (3) ¿Cómo imaginar una perspectiva social para la formación en gestión cultural y la gestión misma, que nos permita participar en la búsqueda de formas de convivencia pacífica por fuera del sueño tormentoso de la modernización y al ilusión liberal de lo social compuesto por agrupaciones sociales miméticas?

Para el estudio de los procesos culturales regionales y la puesta en marcha de proyectos de gestión cultural, y de los propios currículos, los programas de formación recurren a temas como la nación, las identidades tradicionales y el desarrollo; temas, que a su vez, forman parte de las agendas académicas y políticas en las discusiones acerca de la globalización cultural. Las reflexiones que presento a continuación tiene como propósito fundamental explorar algunas dimensiones teóricas, éticas y políticas implícitas en estos temas recurrentes para la formación de gestores culturales. Si la globalización es una formación discursiva que ha colonizado nuestras sociedades en las últimas décadas, me parece importante examinar cómo los programas de formación apropian, resignifican y ponen a circular los temas y saberes de la globalización y como podrían articularse críticamente a este sistema discursivo.

Me parece igualmente importante explorar las formas en que la formación en gestión cultural asume su actividad académica y política, esto es, las perspectivas desde las cuales la gestión se relaciona con la producción y circulación de saberes culturales. —algunos programas reclaman a la gestión cultural una definición de su objeto y sus métodos, tratando de darle a esta actividad un estatuto epistemológico y metodológico a la manera de las disciplinas moder-

nas. Otros parecen sacar el mejor provecho de las discusiones sobre modernidad y posmodernidad, con el fin de proponer formas de trabajo interdisciplinario que coloquen las discusiones sobre el saber cultural mismo- su arqueología y su genealogía- como su objeto de estudio.

Propongo ver la interdiscipliniedad como una perspectiva crítica de la gestión cultural frente a los temas que circulan en las discusiones académicas actuales sobre la dinámica social y política de la cultura y las formas en que define su propia actividad en relación con la política de la producción de saberes culturales en la Colombia contemporánea. Se espera de esta manera que las dinámicas culturales globales de las sociedades actuales se conviertan en tema central de discusión para formadores y gestores y se constituyan en referente fundamental que le permita a la gestión relacionarse críticamente con los saberes y prácticas sociales que han resultado de la globalización. En primer lugar, exploraré las interpretaciones más usuales sobre la globalización, haciendo énfasis en sus referencias teóricas y sus implicaciones políticas. En segundo lugar, haré una reflexión acerca de la interdiscipliniedad como estrategia académica y política mediante la cual la gestión pueda posicionarse críticamente frente a los saberes culturales. En tercer lugar, intentaré revisar críticamente la política de las concepciones de identidad y desarrollo que dan forma y orientan el sentido de los programas de formación. Por último, haré un balance del estado actual de la profesionalización de la formación en gestión cultural, como una condición fundamental para la puesta en marcha de los distintos proyectos éticos y políticos que animan los distintos programas de formación de gestores culturales.

Globalización cultural: Saberes y mitologías

Podríamos comenzar proponiendo que la globalización sea vista como un nuevo régimen discursivo que ha venido colonizando nuestras sociedades en las dos últimas décadas. Como afirman Santiago Castro Gómez y Eduardo Mendieta, siguiendo a Richard Barnett y John Cavanagh, la globalización es un nuevo modo de producción de riqueza (y de pobreza) donde el capitalismo se convierte en un régimen planetario, desplazando así las redes eco-

(3) S. Castro Gómez, "Geografías poscoloniales y translocalizaciones narrativas de lo latinoamericano": La crítica al colonialismo en tiempos de globalización" en R. Follari y R. Lanz (Comps.), *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*, Caracas, Editorial Sentido, 1998

nómicas basadas en el modelo moderno del estado nacional: (4) " No son los Estados territoriales quienes jalonan la producción, sino corporaciones multinacionales que se pasean por le globo sin estar atadas a una nación, cultura o historia particular" (5).

Podría afirmarse que la globalización es un nuevo régimen de orden planetario por medio del cual el modelo mercantil ha colonizado todas las esferas de la vida social, que ha dado lugar al surgimiento de nuevas dinámicas y territorios para el ejercicio del poder y ha trastocado ostensiblemente nuestra experiencia cultural: identidades y relaciones coloniales sin territorio y formas inéditas de producción y consumo cultural. Este impacto cultural es importante puesto que lo que se globaliza no son sólo bienes de consumo sino ideas y patrones de conducta: "Circulación de signos y símbolos que ya no vienen asociados a las peculiaridades históricas, religiosas, étnicas, nacionales o lingüísticas de las personas, sino que poseen un carácter desterritorializado" (6). La experiencia local se reconfigura puesto que sólo es posible dentro del marco de lo global y lo global ya no opera como una fuerza ajena, sino que es la condición de posibilidad para la existencia de la localidad misma. Por otra parte, la colonización territorial propia de la modernidad ha dado paso a nuevas estrategias desterritorializadas de colonización que, aunque no pueden ocurrir sino en localidades concretas, despliegan formas disciplinarias cada vez más sofisticadas. En suma, la globalización actual da paso a formas desterritorializadas de experiencia cultural y produce formas de relación colonial que superan los imperios modernos nacionales.

Lo anterior no quiere decir que no exista una economía política de la globalización, pues no debemos olvidar que lo que se globaliza es solo una economía y una cultura: la anglosajona. La globalización no es un espacio neutro donde todos apuestan y compiten libremente por hacerse hegemónicos. Por una parte, la globalización se estratifica convirtiéndose en un espacio de lucha donde se despliegan intereses económicos, políticos y sociales y donde unos

grupos se favorecen mas que otros. Por otra parte, las estrategias disciplinarias del saber y de las prácticas de la cultura provocan transformaciones sustanciales de nuestra subjetividad, que hacen que la globalización funcione no como una fuerza ajena que se nos impone, sino como una estrategia que nos "educa" en un régimen de verdad incuestionable donde parece cada vez más difícil pensar en otras formas discursivas y experiencias culturales alternativas. La globalización no es una fuerza que reprime nuestras decisiones o nuestra libertad individual, sino un discurso que construye formas de libertad, que estructura nuestra experiencia social y que hace posible solo una forma de libertad: la de consumir. Sin embargo, y si estamos de acuerdo con Michel Foucault en que toda configuración de saber y poder da origen a estrategias de lucha cultural, esperamos que los análisis que se han producido sobre la globalización y sus saberes nos permitan dibujar estrategias para la búsqueda de formas alternativas de relacionamos con esta formación discursiva.

Ahora bien, lo dicho anteriormente parece plantear mas problemas que soluciones, o al menos parece abrir nuevos debates e inconvenientes. La globalización se ha convertido en un término y en una jerga que convoca una creciente diversidad de asociaciones, connotaciones, miradas apocalípticas y mitologías. En los discursos políticos tanto como en los discursos académicos suele afirmarse mucho cosas sobre ella o mejor se asume la globalización como un hecho ajeno, del cual nuestros saberes darían cuenta, sin explorar con mucho detalle el papel de los saberes mismos en la construcción de las condiciones de posibilidad del ejercicio ético y político de la globalización. Es decir, se descuidan las dimensiones políticas que movilizan ciertas interpretaciones de la globalización puesto que se asume una cierta objetividad del saber y se piensa que está exento de los procesos disciplinarios propios de este nuevo régimen discursivo.

Las tendencias que intentan dar cuenta de la globalización parecen compartir al menos cuatro perspectivas:

1. Una confianza excesiva en los saberes disciplinares y en sus divisiones epistemológicas y metodológicas. Colin Hay y David

(4) R. Barnett y J. Cavanagh, *Global Dreams: Imperial Corporations and the New World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1994

(5) S. Castro Gómez y E. Mendieta, " La translocalización discursiva de " Latinoamérica" en tiempos de globalización" en S. Castro Gómez y E. Mendieta, *Teorías sin disciplina: Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, México, University of San Francisco, 1998, p 8

(6) *Ibid.*, p. 10

Marsh han señalado de manera oportuna que la marea de la discusión sobre la globalización ha crecido de una manera peligrosamente disciplinaria (7) Las Ciencias Sociales guardan celosamente las interpretaciones propias de cada una de sus disciplinas y se disputan entre ellas la propiedad esencial de la globalización: sociológica, económica o política, haciendo de lado las posibilidades de una perspectiva interdisciplinaria, que no es la suma de todas ellas, sino una práctica crítica en relación con los mismos saberes que dan cuenta y producen la globalización.

2. La definición de globalización como un fenómeno natural, como flujo libre de mercancías, ideas, trabajo y capital, cuya consecuencia más visible sería el debilitamiento del Estado y la pérdida del concepto de nación como un referente de identidad fundamental. Esta interpretación da pie a la creencia de que alguna vez el Estado y la nación fueron coherentes y unitarios o bien a pensar erróneamente que no se necesitó del Estado para que la globalización se hiciera global, cuando los hechos parecen demostrar lo contrario. Sostengo que en vez de un debilitamiento del Estado lo que se ha producido es el surgimiento de formas en extremo sofisticadas de poder disciplinario, cuyos alcances no podemos avizorar aún, aunque uno de sus resultados es la creencia de que el Estado no existe o es invisible. Esta fortaleza del Estado no alude a su capacidad para negociar los conflictos entre los distintos sectores sociales, una debilidad del Estado colombiano que ha sido referenciada ampliamente por historiadores, políticos y científicos, sino más bien se refiere a la capacidad del Estado para movilizar las condiciones logísticas, comerciales y culturales que hacen posible la globalización.

3. La interpretación de la globalización como un fenómeno natural conduce a la creencia de que no hay grupos sociales en conflicto, actores sociales que se beneficien de dicho proceso o sectores sociales que creativamente resistan buscando alternativas culturales y éticas para sus propios proyectos locales. A este proceso sin sujeto, se le

oponen miradas apocalípticas que denuncian la pérdida de las identidades regionales y locales (como si alguna vez hubieran existido como hechos y no como narraciones que los crean) y reviven peligrosamente las nociones liberales de ciudadano que nos hacen pensar que alguna vez el sueño ilustrado fue posible.

4. La extrema importancia que se da a lo local y su asociación con proyectos comunitarios de desarrollo social y cultural, es un énfasis que no revisa críticamente las condiciones históricas que dieron lugar a los discursos desarrollistas y sus sueños modernizadores.

A continuación examinaré la manera como estos postulados encuentran expresión en los programas de formación de gestores e intentaré proponer algunas estrategias para hacer frente a estas corrientes de pensamiento sobre la globalización y a sus dinámicas discursivas.

La interdisciplinariedad y la política de la cultura: apuntes para una perspectiva crítica en la formación de gestores

En la mayoría de los programas de formación de gestores se llama la atención sobre el carácter interdisciplinario de la gestión cultural. Algunos atribuyen a la gestión un universo de problemas y métodos a la manera de las disciplinas sociales, mientras otros parecen enfatizar en la dimensión práctica de la gestión, cuya orientación teórica estaría a cargo de los saberes de disciplinas sociales como la antropología, la historia cultural y la sociología, entre otros. ¿Cómo abordamos el carácter interdisciplinario de la gestión cultural sin quedar atrapados en las lógicas del saber disciplinar sobre los procesos culturales y la globalización? ¿Cómo podemos aproximarnos a las relaciones entre saber cultural y gestión, sin perder de vista las dinámicas de poder que movilizan los discursos disciplinares y los saberes culturales? ¿Es posible delinear una perspectiva tanto teórica como crítica desde la cual esta actividad pueda apuntar hacia una posición, no sólo frente a la sociedad; sino, también, frente a los saberes mismos? Me gustaría esbozar una respuesta, haciendo un

(7) C. Hay y D. Marsh, *Demystifying Globalization*, Birmingham, MacMillan Press Ltd, 1999.

paralelo entre lo que podrían ser las prácticas interdisciplinarias de la gestión y aquellas que se adelantan desde algunas tendencias al interior del proyecto académico-político de los Estudios Culturales y los Estudios Poscoloniales.

En relación con las tradiciones disciplinares modernas, Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler han definido los Estudios Culturales como un proyecto interdisciplinario, transdisciplinario y contradisciplinario. ⁸ Los Estudios Culturales surgieron como una respuesta a las disciplinas sociales e históricas tradicionales que daban prioridad a los productos de la alta cultura. Este carácter crítico oposicional condujo a revalorizar la cultura masiva y popular y a reivindicar el carácter ideológico de la cultura, asociándola así a los conflictos sociales. De este modo, los Estudios Culturales replantearon los objetos del análisis cultural al dar relevancia a los procesos de apropiación cultural-en contra de las disciplinas tradicionales que basaban su estudio casi de manera exclusiva en el análisis de los objetos culturales- y provocaron importantes desafíos teóricos y metodológicos en las disciplinas sociales.

Sin embargo, es por medio de las apropiaciones de los debates contemporáneos sobre modernidad y posmodernidad que los Estudios Culturales han volcado su atención sobre el estatuto ético y político de las prácticas de análisis de la cultura, transformando sustancialmente su relación con las disciplinas tradicionales y las formas de articulación del saber. Esto ha permitido que la producción, circulación y validación social de los saberes culturales -su discursividad- se conviertan en un objeto de análisis para los Estudios Culturales: sus formas de producción de las dinámicas sociales, su papel en la construcción de la subjetividad y de nuevas posibilidades para la acción política desde las prácticas culturales. También ha permitido ampliar el análisis de estos procesos del poder a las formas de relación social que incluyen la clase, el género, la sexualidad, la etnicidad y otras formas de agrupación social. Por último, ha replanteado la vieja oposición que le asignaba a las disciplinas tradicionales el estudio de la alta cultura y a los Estudios Culturales el de los productos masivos y populares del sector. Con respecto a esta distinción,

(8) L. Grossberg, C. Nelson y P. Treichler (Eds.), *Cultural Studies*, Nueva York, Routledge, 1992.

vale la pena mencionar el debate entre los profesionales de la Historia del Arte y los de los Estudios Culturales en torno a las formas de abordar las prácticas artísticas. Mientras los primeros prefieren explicadas refiriéndolas a las tradiciones internas del arte y considerando su condición histórica mediante el ofrecimiento de un panorama que les sirve de marco social, los últimos prefieren examinarlas como prácticas sociales cuya condición de posibilidad está articulada de manera íntima con las dinámicas discursivas. De esta manera, en tanto que para unos las aplicaciones recientes de la lingüística, las dinámicas del discurso y el psicoanálisis enriquecen las formas tradicionales de mirar el arte, para otros estos debates ponen en cuestión la misma posibilidad explicativa de estas disciplinas y revelan su propia historicidad. (9)

Por su parte, los Estudios Poscoloniales junto a la tríada de categorías de análisis como el género, la clase y la raza, han colaborado en el estudio de la desterritorialización de las relaciones coloniales y han abierto perspectivas fundamentales para comprender los procesos del poder en torno a las relaciones entre Primer y Tercer Mundo, Sur/ Norte, centro/periferia. Se hace especial referencia al aporte que estas tendencias han realizado para abordar los procesos que involucran las dinámicas culturales de producción, circulación y apropiación en las comunidades nacionales y regionales de lo que hasta ahora se ha denominado el Tercer Mundo. Asuntos como la globalización de la cultura, las formas de dominación cultural, los procesos de la diferencia cultural, la diseminación de las tradiciones culturales en los territorios sociales, en principio ajenos a ellas, han sido temas importantes para explorar no sólo el impacto de estas tradiciones en las dinámicas locales, sino las formas de apropiación y resistencia regional que ponen en cuestión las pretensiones universalistas y de autoridad cultural de estos modelos y transforman los términos de los diálogos culturales con los centros internacionales de hegemonía cultural. Pero quizá es más importante la forma como los Estudios Poscoloniales se relacionan con las modernas tradiciones del saber al develar las historias

(9) Véase especialmente: M.A. Holly et al., *Visual Culture: Images and Interpretation*, Hannover University Press of New England y Wesleyan University Press, 1994. Véase también D. Crimpo, "Getting the Warhol We Deserve" en *Social Text* 59, N° 2, Vol. 17, Summer 1999. En este último, se presenta a los Estudios Culturales como una alternativa a la materialización histórico-artística de la genealogía de la vanguardia.

de colonialismo que les dieron forma. La crítica de los Estudios Poscoloniales a la modernidad cultural no se hace desde una posición que reclame una mirada "justa" sobre los "otros" de Occidente, o un espacio estable y "participativo" en los circuitos de producción cultural; sino que más bien, partiendo de la inevitabilidad de una subjetividad contemporánea fuera de los discursos culturales, se ubican críticamente frente a la política de producción de saber y exploran estrategias subalternas y suplementarias que suspenden la genealogía de la cultura.

La estructura interdisciplinaria de los Estudios Culturales y de los Estudios Poscoloniales puede proveer un modelo de práctica académica y cultural, mediante el cual tanto la relación entre las disciplinas tradicionales de análisis cultural como las disciplinas mismas son sometidas a examen. Esta perspectiva interdisciplinaria no se trata de la suma de los saberes de las disciplinas sociales, tampoco de su utilización práctica bajo una mirada objetivista que deja intacta su pretensión de verdad. Se trata más bien de una estrategia académica que se plantea como excéntrica con respecto a la normatividad del discurso académico y la cual es vigilante de las dinámicas del poder que se producen mediante las prácticas de la cultura. (10)

Esta posición excéntrica guarda similitud con lo que Homi Bhabha ha llamado la práctica discursiva de la diferencia cultural. Para H. Bhabha, la analítica de la interdisciplinarietà se asemeja a las estrategias de la diferencia cultural y de los discursos minoritarios, en tanto reivindica el carácter político de su relación suplementaria con las tradiciones culturales, los saberes disciplinarios y las narrativas de autoridad cultural. Es una dinámica en la que estos saberes culturales se relacionan con las "tradiciones culturales" como suplementos que "se adicionan pero no suman". Esto es, que en lugar de producir una mirada panorámica bidimensional de la vida cultural y sus saberes, revelan el carácter provisional e incompleto de nuestras narraciones de la cultura y suspenden su aparato de saber/poder. La interdisciplinarietà no es ni la aplicación práctica de los saberes culturales y disciplinarios a la lógica mercantil de ciertos renglones de la cultura, ni el estatuto epistemológico

(10) Ver J. Storey (ED.), *What is Cultural Studies?* Londres, Arnold, 1996. En especial consultar el artículo de M. Morris titulado "Banality in Cultural Studies"

co "perdido" de la gestión cultural. Es, por el contrario, siguiendo a H. Bhabha, una estrategia de intervención cultural que nunca.

[...] es la adición armoniosa de contenidos o contextos que aumentan la positividad de una presencia disciplinaria simbólica [...] Entrar en la interdisciplinarietà de los textos culturales significa que no podemos contextualizar la forma cultural [...] [ni sus saberes] localizándola desde el punto de vista de algún origen o causalidad discursiva dada. Siempre debemos mantener abierto un espacio suplementario para la articulación de los saberes culturales que son adyacentes y adjuntos pero que no son necesariamente acumulativos, teleológicos o dialécticos.(11)

Ante la lógica centrada y cerrada de las disciplinas tradicionales o de una interdisciplinarietà entendida como la "adición armoniosa" de disciplinas, esta perspectiva provee una posibilidad crítica para la gestión cultural en relación con los saberes culturales de la globalización, que no sólo esté atenta a la inscripción de la cultura en las dinámicas sociales y políticas, sino, también, al surgimiento de nuevos espacios de producción cultural y de prácticas críticas de la cultura. La interdisciplinarietà provee también una perspectiva que permite a la gestión "mantener abierto" un espacio para el surgimiento de prácticas culturales cuya relación con los saberes institucionales es "adyacente y adjunta, pero no necesariamente acumulativa, teleológica o dialéctica".

Identidad, diversidad y diferencia cultural

Los asuntos de identidad y diversidad cultural ocupan lugar central en las orientaciones temáticas de los programas de formación en gestión cultural. En algunos casos, se considera la práctica de la gestión como una actividad que facilita la distribución de la cultura y, por consiguiente, el acercamiento de las comunidades a los productos elevados del espíritu humano. La identidad se define entonces como la tenencia y uso de bienes culturales y la gestión cultural como la actividad que facilita este acer-

(11) H. Bhabha, *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994, p. 34

camiento, mediante programas de promoción patrimonial, folclore, apreciación artística y expresión estética. Otros se fundamentan en la tesis de la pluralidad étnica y cultural que dio forma a la Constitución Política de Colombia de 1991, y, por ende, en las concepciones heredadas de las tradiciones multiculturales, muy en boga en la década de los años ochenta. Estas tradiciones replantearon considerablemente las nociones ilustradas y universales del sujeto y dieron vía a un cierto reconocimiento de las "otras identidades". Aunque ampliaron la cobertura de las tradiciones occidentales al reconocer a los otros como sujetos, precisamente, este reconocimiento pluralizó las nociones esencialistas de identidad, y estuvo basado en definiciones de los "otros" atrapadas en pasados coloniales, en discursos institucionales como el de la antropología y el de la historia, o en fundamentalismos étnicos. La tesis multicultural actualizó viejas nociones pluralistas anglosajonas en las que el universo político y la sociedad son representados como museos imaginarios de culturas, cuyos territorios de conflicto y negociación cultural y política están asociados a formas liberales de diversidad cultural. A pesar de estar basada en el reconocimiento de las "otras culturas", esta concepción junto con su dimensión social, las tematiza desde perspectivas ilustradas y concepciones modernas; es decir, desde aquellas concepciones que asumen que la socialización de la cultura alta, masiva o popular, sea en el plano de la apreciación, la producción o el consumo, garantiza niveles mínimos de ciudadanía, pertenencia y progreso social.

¿Cómo respondemos a los procesos y necesidades regionales inscritos en los conflictos culturales de negación y afirmación cultural, de localización y mundialización de las prácticas culturales y de continua tensión entre las dimensiones institucionales de los discursos culturales y los procesos de traducción, contestación y resistencia política? ¿Cómo podemos aprovechar la política afirmativa de la identidad propia del multiculturalismo para garantizar los mínimos derechos civiles de respeto a la vida y de convivencia pacífica sin negociar una perspectiva crítica hacia el creciente exotismo y "museificación" de los actores políticos multiculturales? Estamos obligados a pensar la identidad como una práctica social que da forma a las relacio-

nes sociales y orienta las acciones de los sujetos y actores políticos. Por tanto, no es un territorio de elevación del espíritu humano, ni un territorio utópico donde conviven las culturas diversas, sino un escenario de conflicto, lucha y negociación donde se disputan las definiciones y acciones políticas de los grupos sociales. Como nos lo sugiere Stuart Hall,

La identidad cultural no es una esencia establecida del todo, que permanece inmutable al margen de la historia y de la cultura. No es un espíritu universal y trascendente en nuestro interior, en el que la historia no ha hecho ninguna marca fundamental. [...] Las identidades culturales son puntos de identificación, los puntos inestables de identificación y sutura, que son hechos dentro de los discursos de la historia y de la cultura. No son una esencia sino un posicionamiento. Así, siempre hay políticas de identidad, políticas de posición, que no tienen garantía total en una "ley de origen" trascendental y no problemática.(12)

Las perspectivas multiculturales plantean problemas de reflexión importantes a la gestión cultural, en cuanto parecen restringir su actividad social a fortalecer los sentidos de pertenencia de las comunidades, siempre ligados al pasado, el patrimonio y la memoria. Las tesis de la multiculturalidad definen los procesos sociales y políticos como la defensa de una diferencia marcada por el esencialismo, el folclore y la tradición patrimonial. Se valora a las comunidades urbanas o rurales como capaces de apreciar los productos universales de la alta cultura, pero también como portadoras de una identidad válida que está ubicada en un espacio mítico que es anterior a lo que se asume como el deterioro de una identidad verdadera. La dimensión social de la gestión cultural parece quedar atrapada en la búsqueda y fortalecimiento de esos referentes míticos y en la conservación de aquellos rasgos que están amenazados por la globalización y los actuales cruces culturales. H. Bhabha afirma:

La diversidad cultural es el reconocimiento de costumbres y contenidos culturales dados; contenida en el marco-tiempo del relativismo, da lugar a nociones liberales de multiculturalismo, intercambio cultural o de cultu-

(12) S. May, "Identidad cultural y diáspora" en S. Castro, O. Guardiola y C. Millán de Benavides, *Pensar en los interservicios: teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Santafé de Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1999, p. 135.

ra de la humanidad. La diversidad cultural es también la representación de una retórica radical de la separación de culturas totalizadas que viven aisladas por la intertextualidad de sus ubicaciones históricas, seguras en el utopianismo de la memoria mítica de una identidad colectiva única. (13)

La perspectiva de la diversidad cultural parece acentuar un cierto carácter estático y esencialista de las relaciones políticas entre los distintos actores sociales. Bajo la mirada aparente de un reconocimiento de lo diverso, se revela de nuevo un principio irreducible de la identidad, que para el caso de las tesis multiculturalistas reposa en el pasado mítico de los actores sociales y en su ubicación en un espacio de identidad basado en el postulado universal de la diversidad de culturas. Las tesis multiculturales parecen entonces funcionar mediante un mecanismo doble: la fractura aparente del sujeto ilustrado y el reconocimiento esencialista de "otros" actores, para cuya definición se retoman las perspectivas antropológicas y orientalistas de una mirada exótica del otro y su posterior ubicación en un territorio basado en un principio irreducible, universal, único: el de la diversidad cultural o el de una sociedad esencialmente diversa. Más que formular un postulado definitivo de identidad o un nuevo sujeto acorde con las condiciones de la sociedad colombiana, este tema está abocado a convertirse en un asunto de debate importante para la formación de gestores y para la dimensión social de la gestión cultural. Será necesario que analicemos los debates acerca de la identidad que se han producido a partir de la globalización y que dan forma a nuestras prácticas sociales y desde ahí explorar sus condiciones de posibilidad para participar en la vida social y política de las regiones y localidades del país. Si nos planteamos como propósito fundamental fomentar los procesos de participación política mediante el reconocimiento de nuevos actores, se hace imprescindible reflexionar acerca de la definición de esos actores y los espacios políticos de participación que una concepción multicultural ofrece. Se hace necesario enfatizar que la gestión cultural no sólo debe propiciar la participación cultural; sino también, promover procesos de transformación de los actores, los escenarios y las prácticas mismas de la participación, redimensionando sus sentidos y sus límites en íntima rela-

ción con las condiciones sociales de las regiones.

Debemos reconocer que todos los sistemas culturales se construyen mediante procesos continuos de traducción cultural, de pérdida de contenidos originales y que por lo tanto son insostenibles los reclamos por una pureza cultural. Para reclamar su carácter universal, la modernidad debe diseminarse en nuevos espacios y tiempos culturales, lo cual, a su vez, amenaza su pretensión de ser una cultura universal, única, pues sus contenidos son traducidos, apropiados y re-historizados. Frente a las tesis de diversidad cultural, Bhabha opone la práctica de la diferencia cultural, es decir, propone un tercer espacio o proceso ambivalente de afirmaciones y negaciones culturales donde ninguna práctica cultural puede reclamar para sí misma una supremacía cultural:

"[...] un tercer espacio, que negando la identidad y su política como las negociaciones entre sujetos trascendentes o multiculturales, permite conceptualizar una cultura internacional, basada no en el exotismo del multiculturalismo o la diversidad de culturas, sino en la inscripción de la hibridación de la cultura" .(14)

Hibridación no entendida como el célebre resultado de la mezcla cultural, sino como un proceso constante de definición de actores y sujetos políticos y de afirmación y negación de significados culturales. Se trata de procesos de construcción de identidades y diferencias bajo condiciones continuas de contaminación y pérdida de los sentidos originales que dan referencia al sujeto y autoridad al discurso cultural.

La discusión en torno a los problemas políticos relacionados con las nociones ilustradas y multiculturales de la identidad, no puede, entonces, reducirse a su certeza o falsedad, sino a las posibilidades éticas y políticas que ofrecen a los grupos, asociaciones y comunidades para la definición de sus agendas políticas, para la participación en los procesos de democracia social, para reivindicar el derecho a la vida, y para defender los derechos civiles mínimos. La categoría de diferencia cultural -no de diversidad cultural- se convierte en un espacio posible para pensar los procesos de construcción de identidades y la dimensión política

(13) H. Baba. *O.p. Cit.* P.34.

(14) *Ibid.*, p. 38.

de estas prácticas sociales, puesto que:

[el] concepto de la diferencia cultural se centra en la ambivalencia de la autoridad cultural: en el intento de dominar a nombre de una supremacía cultural que es en sí misma producida únicamente en el momento de la diferenciación, de la enunciación. Esta enunciación de la diferencia cultural problematiza las divisiones binarias de pasado y presente, tradición y modernidad al nivel de la representación cultural y de su dirección discursiva.(15)

Gestión cultural y desarrollo

Aunque no son claras las dimensiones en las que se plantea el tema del desarrollo cultural en los programas de formación de gestores, en algunos casos se asocia a procesos de participación política, a planes de desarrollo social y a programas de convivencia pacífica en zonas de violencia y conflicto armado. Asimismo, el tema del desarrollo cultural se asocia con las tendencias distributivas de la cultura, cuyo propósito fundamental es el acceso del conjunto de la población a los bienes culturales. Se asocia también con la valoración de bienes simbólicos que hasta hace muy poco se consideraban como expresiones populares, no artísticas, y como tema exclusivo de antropólogos, folcloristas y estudiosos de las tradiciones populares. Sin embargo, aun es importante preguntarse qué significa pensar los procesos culturales dentro de una dimensión del desarrollo.

Para responder el anterior cuestionamiento será necesario volver a reflexionar sobre el tema del desarrollo en conexión con el campo de la cultura, tras las críticas sustanciales a los discursos modernizadores. Críticas cuyo principal argumento es la incapacidad del "desarrollismo" para dar respuesta a los problemas más acuciantes de las comunidades del Tercer Mundo. Si bien la cultura ha dejado de ser la ilustración de los procesos sociales, y aunque planificadores del desarrollo y científicos sociales la han convertido una dimensión fundamental de la vida social, sigue siendo necesario explorar las condiciones discursivas y políticas que dieron origen a los discursos desarrollistas. En razón de lo anterior se hace importante discutir: ¿En qué

medida la gestión cultural, por su dimensión crítica y política, está en capacidad de repensar los principios del desarrollismo, basados en nociones orgánicas de la sociedad y en concepciones evolucionistas de la vida social de los pueblos? ¿En qué forma se plantea la noción de desarrollo en relación con los procesos culturales? Arturo Escobar afirma a este respecto:

El desarrollo debe ser explorado como un régimen de representación cultural, como una invención que resultó de la historia de la posguerra y que, desde sus inicios, moldeó ineluctablemente toda posible concepción de la realidad y de acción social de los países que desde entonces se conocen como subdesarrollados. (16)

La inserción del tema del desarrollo en los ámbitos de las prácticas culturales plantea dos paradojas importantes. Por una parte, el discurso del desarrollo tal como fue tejido por las ciencias sociales, los estudios latinoamericanos, asiáticos y africanos y por los gobiernos del Primer y Tercer Mundo, consideró la cultura como un impedimento fundamental para alcanzar los indicadores del progreso y los índices del crecimiento económico y social. Como asegura A. Escobar, "el modelo del desarrollo desde sus inicios contenía una propuesta históricamente inusitada desde un punto de vista antropológico: la transformación total de las culturas y formaciones sociales de tres continentes de acuerdo con los dictados de las del llamado Primer Mundo". (17) Es decir, la condición fundamental del desarrollo estaba basada en la cuantificación de una cierta dimensión de los procesos sociales y económicos, a costa de los culturales; pero también en una condición de verdad que hacía del desarrollo un proceso inevitable y una forma de entender el bienestar de las comunidades como única y universal. La implicación del desarrollo en el plano cultural es paradójica, puesto que se aplica a la cultura tanto la noción de desarrollo que se funda en su negación como el principio de la diversidad cultural y su defensa como postulado y proceso irreducible del progreso y bienestar de las comunidades. Por otra parte, el discurso del desarrollo cultural se basa en una noción de innovación cultural y progreso social que

(16) A. Escobar, *La invención del Tercer Mundo: construcción y desconstrucción del desarrollo*, Santafé de Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1996, p. 14.

(17) *Ibid.*, p. 13.

se lleva a cabo mediante la preservación de los pasados míticos y las tradiciones locales y regionales. Es una mirada de progreso aferrada a los pasados locales y a una perspectiva de innovación que se funda en la preservación. Esta dimensión paradójica de los temas para la formación de los gestores culturales se expresa no sólo en las discusiones sobre desarrollo cultural regional y formación de identidades en los distintos currículos el primer tema asociado al futuro y el segundo al pasado-, sino también en los proyectos que se adelantan como parte del proceso pedagógico de formación de gestores.

La gerencia cultural y la formulación de proyectos de desarrollo cultural ocupan lugares preponderantes en los currículos como temas y como procesos pedagógicos. La importancia creciente que se le asigna a la gerencia cultural y a la formulación de proyectos de desarrollo cultural, obedece al afianzamiento de los mercados culturales en las sociedades actuales de globalización económica y mundialización del capital y el consumo. Obedece también a la ampliación de la oferta de empleo en el campo de la cultura. Sin embargo, no es claro aún si el sentido de llevar a cabo proyectos radica en proveer a los estudiantes de una formación instrumental sobre formulación y gestión de proyectos o en una discusión acerca de sus dimensiones y articulaciones a las dinámicas y demandas sociales y políticas de las regiones. Algunos programas acusan a la gestión cultural de sufrir la epidemia de la "proyectitis", sin una perspectiva clara de articulación a los procesos sociales. Otros la acusan de oportunista, al orientar todas sus acciones a la formación instrumental de profesionales para los cargos creados por la institucionalización de la cultura o para el aprovechamiento económico de la inversión del Estado en la vida cultural. Como temas de discusión, la dimensión gerencial y el desarrollo de proyectos culturales se convierten así en puntos inaplazables para la tendencia de crear líneas de acción y políticas de fomento para la formación de gestores, pero también para pensar las posibilidades éticas, sociales y políticas de la gestión misma.

Es difícil plantear este debate, pues la cultura y el desarrollo son temas asociados a bondades que parecen validarlos en sí mis-

mos. La cultura -tal y como es concebida en el marco de los discursos modernizantes- está asociada a los más altos valores del espíritu humano, al desenvolvimiento pleno de las capacidades lúdicas, creativas y críticas del ser humano y al referente más importante para la creación de sentidos de pertenencia y de identidad política. De igual forma, el desarrollo es una categoría que parece incuestionable. De hecho, su desplazamiento hacia el plano de lo cultural hace creer que el problema no estuvo en el discurso del desarrollo, sino que no se hizo donde se debía, es decir, en los procesos culturales. Quizá lo que valdría la pena preguntarnos es cuál cultura y cuál desarrollo, para quiénes, en qué condiciones, bajo qué dimensiones de futuro y sentidos de pertenencia y diferencia. Es obvio que estos planteamientos no buscan negar las realidades políticas, sociales y económicas que exigen respuestas a las prácticas de la cultura. Por el contrario, buscan explorar las posibilidades de la cultura para dar respuesta a estas realidades, preguntando por su capacidad innovadora, su articulación a las dinámicas culturales locales y su capacidad de contestar cualquier ejercicio de autoridad, venga del saber o del poder a secas.

La profesionalización de gestores culturales

El asunto de la profesionalización de los gestores culturales contempla no solamente el ofrecimiento de programas para la formación de profesionales de la gestión, sino también el conjunto de acciones que desde las instituciones formadoras y culturales se desarrollan para la conformación de comunidades de gestores culturales. Esta dimensión de la profesionalización ha desbordado las concepciones usuales que la reducían a la titulación y que restringían las acciones de las instituciones formadoras a la docencia. Hoy se asume que la profesionalización involucra al menos tres aspectos:

1. La reflexión sobre la propia práctica profesional, para permitir su orientación a partir de un conjunto sistemático de postulados siempre cambiantes y sujetos al debate constante y a los desafíos de la actividad profesional misma.

2. La conformación de comunidades autónomas, para facilitar el debate público y la argumentación en torno de los resultados y procesos que regulan la práctica profesional misma.

3. El examen constante de la dimensión social de la práctica profesional. Esto es, la discusión acerca de sus relaciones con los procesos sociales y su capacidad de dar respuesta a las demandas que le hace la sociedad.

Es importante anotar que la profesionalización de la actividad del gestor se encuentra aún en un estado incipiente, si se tiene en cuenta que su surgimiento es relativamente reciente y que las instituciones formadoras centran su atención de manera casi exclusiva en los procesos didácticos de la formación de gestores, más que en los de investigación. La perspectiva de profesionalización que aquí se ofrece busca involucrar simultáneamente a la comunidad de formadores y a las instituciones formadoras en la tarea de brindar condiciones para el establecimiento de una dimensión de la práctica de la formación en gestión acorde con los retos locales, regionales, nacionales y globales. La formación involucra también la reflexión y sistematización de las experiencias regionales en gestión y en pedagogía de la gestión cultural. Implica además la creación de condiciones para el intercambio y para el debate constante sobre sus sentidos éticos y políticos. En este orden de ideas, se espera que la formación de gestores culturales y la gestión cultural apunten a la creación de las condiciones favorables para la transformación de los sujetos de la educación en los sentidos, así como de las instituciones en donde transcurre dicha práctica y de los contextos socio-históricos que enmarcan las actividades de formación de gestores.

El énfasis de la dimensión docente de la actividad de la universidad en la formación de los gestores culturales, es una herencia del papel que históricamente se le ha asignado a las instituciones universitarias como centros formadores de profesionales y, por supuesto, de la tradición pedagógica instrumental que ha marcado la educación en los últimos años. Los procesos de modernización han ubicado el papel

de la universidad en el plano de la formación de profesionales cualificados en ciertas áreas del conocimiento y de la tecnología, reduciendo así su impacto social. Una mirada distinta de la profesionalización permite que la formación de gestores sea un espacio propicio para la transformación de las prácticas educativas de las instituciones formadoras, en tanto que las mismas se ocupan precisamente de las transformaciones culturales de la vida social.

La reducción de la función de la universidad a las dimensiones docentes de la formación de profesionales, se expresa en la formulación de perfiles que sólo contemplan el conjunto de habilidades, conocimientos y competencias que el futuro gestor debe adquirir en el transcurso de su proceso educativo. Deberán incluirse de manera más explícita los perfiles de los profesores, de las instituciones universitarias y de las prácticas culturales que se pretenden transformar mediante estos procesos educativos. Valdría la pena ampliar la discusión sobre estos asuntos para que las instituciones asuman las prácticas pedagógicas como espacios culturales que involucran varios actores y cuyos sentidos y actividades se ven transformadas por la interacción educativa, social y cultural.

La perspectiva docente desde la que se mira la formación de gestores ha dificultado la puesta en marcha de procesos de profesionalización de la gestión cultural. En primer lugar, los niveles de sistematización y reflexión acerca de los procesos culturales regionales, así como de la gestión y la pedagogía a partir de las prácticas adelantadas por los profesores y estudiantes, son reducidos. Si bien estos temas se abordan en el currículo como materias que deben ser enseñadas, en la mayoría de los casos sus contenidos no son el resultado de procesos de investigación y sistematización de los problemas y retos que plantea la gestión cultural en el ámbito local, tarea que le corresponde a las instituciones académicas en íntima relación con las prácticas de los gestores locales. Esto ha impedido que la investigación sobre las dinámicas culturales, la gestión cultural y la formación de gestores sean ejes que articulen los contenidos de la enseñanza y los procesos pedagógicos. Aunque en muchos casos la investigación es un elemento didáctico fundamental para la forma-

ción de gestores, sus temas y procesos se articulan de manera débil a las líneas de investigación de los profesores que, en algunas veces, no se apoyan en las líneas de investigación de otros grupos de profesores. En segundo lugar, deben fortalecerse los procesos de intercambio entre las distintas instituciones, así como consolidarse los espacios de debate. La ausencia de debates públicos sostenidos ha conducido a dos problemáticas complejas: por una parte, a la dificultad para fortalecer reflexiones conjuntas y llevar a cabo procesos de investigación compartidos, que se articulen a temas, perspectivas de investigación o problemáticas regionales; por otra, a la ausencia de mecanismos de validación y regulación creados y compartidos por toda la comunidad. Esta carencia se siente particularmente cuando algunos programas reclaman al Ministerio de Cultura la vigilancia y el control de la calidad de la educación y de la investigación en gestión cultural.

Por último, la discusión acerca de las dimensiones sociales, éticas y políticas de la gestión, así, como de su capacidad de respuesta a los problemas locales, son temas de análisis en todos los programas y deben ser pensados y discutidos por toda la comunidad de formadores. Temas como el de la formación de identidades, la cultura para el desarrollo, las prácticas culturales y los procesos políticos merecen ser ampliamente discutidos a la luz de las prácticas de gestión regionales y de lecturas problemáticas de las condiciones sociales y políticas de la vida local, regional y nacional. Esta discusión en torno a los temas recurrentes en los programas de formación de gestores culturales no busca desconocer su importancia, ni mucho menos el papel que la cultura juega en las dinámicas locales. Por el contrario, busca convocar a un debate amplio sobre su historicidad y sus condiciones de expresión política en el contexto de las problemáticas regionales. Se trata de considerar los programas de formación de gestores, y la gestión cultural misma, como espacios para la reflexión sistemática sobre las dimensiones académicas y sociales de su propia práctica, como territorios de exploración e innovación cultural, y como prácticas siempre atentas a los flujos simbólicos entre las dinámicas internacionales y la capacidad inventiva y de respuesta local, así como a los procesos emancipadores de la cultura y de

los ejercicios de poder que se despliegan desde cualquier narración cultural que se arroge el derecho a ser única, trascendente y universal.

Conclusiones

La gestión cultural y su enseñanza son prácticas culturales desde las cuales se tejen de manera continua narraciones de comunidad, región y nación y, al mismo tiempo, se piensa la nación y la región como realidades sociales que se construyen mediante las prácticas sociales y culturales, incluida la gestión cultural. En la introducción a su libro *The Marking of Modern Colombia: A Nation in Spite of Itself* (Colombia: una nación a pesar de sí misma), David Bushnell asegura: "El problema de la imagen de Colombia como nación se complica con las características ambivalentes de los colombianos mismos [...] ellos siguen mostrando diferencias fundamentales en asuntos de clase, región y, en algunos casos, etnicidad".(18)

A primera vista, D. Bushnell hace eco de la queja general que ha ocupado la atención de políticos, historiadores y científicos sociales, la cual hace referencia a la dificultad de considerar a las historias y características de la sociedad colombiana como expresiones de la noción moderna de nación. Es una queja que asume que alcanzar el estatus de nación es un propósito que la sociedad colombiana ha sido incapaz de lograr. Sin embargo, D. Bushnell también parece considerar la nación como un espacio horizontal y homogéneo donde los distintos sectores de la población, viviendo en temporalidades distintas y enfrentados a continuas luchas culturales y políticas antagónicas, se desvanecen en un tiempo único nacional. Quizá lo que más inquieta en la formulación de D. Bushnell es su representación del conflicto político y cultural. Es como si el horizonte político de dichos conflictos apuntara a la integración inexorable de la diferencia cultural en la comunidad de lo nacional. Como señala H. Baba.

[...] entender la nación como una estrategia discursiva de la modernidad implica abordarla como un espacio ambivalente de producción cultural, que expresa formas dis-

(18) D. Bushnell, *The Marking of Modern Colombia: A Nation in Spite of Itself*, Berkeley, University of California Press, 1993, p. vii. (tr. Colombia: una nación a pesar de sí misma, Santafé de Bogotá, Planeta, 1996).

yuntivas y antagónicas de representación que dan significado a la cultura nacional. La narración de la nación y de la región desde las prácticas de la cultura, en su uso continuo de alegorías y metáforas, produce una yuxtaposición no plural de sus objetos y de sus sujetos. (19)

Son narraciones de la nación que, por ejemplo, al referirse al pueblo, la región y la comunidad como fundamentos de su legitimidad, son al mismo tiempo amenazadas por las mediaciones culturales que el mismo pueblo hace de estas referencias, suspendiendo el conjunto de significados que esta categoría arrastra: "el pueblo que en otras temporalidades y locaciones culturales y políticas vive la nación como un presente en continua formación y que, sin embargo, no es homogéneo". (20) No es que la nación no sea posible, sino que su dinámica es un proceso simultáneo de surgimiento continuo de narraciones y de pérdida de vigencia por las mismas mecánicas de la cultura: la nación hace referencia a un territorio cultural que es escenario de luchas antagónicas que están en continuo proceso de diálogo y negociación. La nación como un espacio no homogéneo y no pluralista impide entender la diferencia cultural como aquello idílico y marginal, que niega las narraciones nacionales con un referente contradictorio; como la representación de nuevos sujetos políticos cuya identidad es fijada en pasados atávi-

cos; o como un momento único y último de reconciliación donde se celebra lo diverso. La diferencia cultural es ese espacio intraducible, desde el cual la autoridad de las narrativas nacionales se desvanece ante la explosión de significados no referenciales: es una lógica suplementaria que impone la tarea de inventarse la nación a diario.

Al imaginar la gestión cultural y la formación de gestores como prácticas desde las cuales se narra la nación, la región y la comunidad, se pretende que la ubiquemos en una posición desde donde se puedan crear las condiciones para nuevas prácticas marginales, minoritarias y críticas dentro de la continua institucionalización y normalización de la cultura. Éste es también un territorio donde, en medio de la melancolía que produce el vacío de la pérdida constante e inevitable de los sentidos referenciales de las narraciones de la nación, puede ser posible descubrir nuevas voces e imaginar otros universos: habitar nuevos espacios "suplementarios" que no agranden la presencia de la tradición; sino, que "re-dibujen sus fronteras en el límite amenazante y agonista de la diferencia cultural que nunca suma lo suficiente, siempre menos que una nación y doble".(21)

Víctor Manuel Rodríguez
Pontificia Universidad Javeriana,
Santafé de Bogotá

19 H. Baba "Disemination: Time, Narrative and the Margins of the Modern Nation" en *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994, p. 142.
20 *Ibid.*, p. 162.

21 *Ibid.*, p. 162.